

Un silencio más.

Alan Torino

Image not found.

# Capítulo 1

## UN SILENCIO MÁS

Alan T.

Cuando se acercaba a la ventana por la acera, escuchó que la escena se repetía nuevamente, así que decidió esperar fuera. Los gritos de su madre siempre le habían molestado, no le gustaba que los vecinos se enteraran de sus problemas familiares, pero ya era demasiado tarde. Tampoco es que la culpa, su hermano no dejaba de causar problemas y eso lo molestaba aún más, pero jamás se metía en las discusiones, o no lo había hecho hasta ese día. La situación se estaba poniendo realmente violenta allí dentro, y tenía demasiado frío. Apenas estaba entrando la primavera, y a pesar de la oscuridad de la noche, la tenue luz, de la pequeña farola que tenían en la puerta, dejaba ver el vaho de su aliento perderse calle abajo, corriendo junto a la floja brisa helada que pasaba. Esperó unos minutos más, y entró con tal desgana que el olor del incienso de fresa lo puso de mal humor, su madre estaba llorando en su habitación, su hermano parecía estar arrojando cosas. Encontró a su hermana pequeña sentada frente al televisor, con las luces apagadas; veía caricaturas. Se acercó a ella por detrás, la niña no notó su presencia hasta que le preguntó que veía y volteó con sobresalto, estaba nerviosa. Lo miró con esos hermosos ojos color caramelo que tanto le gustaban, enrojecidos de llorar, al identificarlo sonrió y le apretó la cara con sus manos, besándole la mejilla.

-¡Hola!, ¿Por qué demoraste tanto? Otra vez pelean...

Terminó de pronunciar sus últimas palabras a la vez que bajaba la cabeza, Alena tenía apenas cinco años, cinco tortuosos años con aquella familia, donde la única persona que parecía saber de su existencia era su hermano mayor.

-Estaba buscando algo para tí, ¿hace mucho discuten?-

preguntó, sacando algo del bolsillo de su chaqueta.

-Ten, ¿ya cenaste? Es el postre.- Dijo, y le dio un bizcocho envuelto en papel.

-¡Gracias! Si, esperaba que llegaras para que me lleves a la cama.

Estaba descalza y tenía frío.

-Hace rato lo trajo la policía...

La pequeña se sentía en un campo de guerra, temía, temía que le hicieran daño en su propia casa, por cosas que no tenían ninguna relación con ella.

-Está bien, vamos.

Le dijo y la levantó en brazos. Su cuarto, que también era el de la pequeña y su hermano, quedaba al final del pasillo pasando el de su madre, no se detuvo, apenas dio un rápido vistazo. Estaba arrodillada frente a la cama llorando. Llegó a su cuarto y vio que su hermano estaba metiendo ropas en su mochila, con mucha violencia, pasó junto a él y pudo sentir el olor a alcohol que emanaba, igual que la rabia injustificada que sentía. Esa rabia estúpida de creer que tenía razón y el derecho a estar enojado. Dejó a la pequeña en la cama, la arropó y le dio un beso en la mejilla.

-Descansa.

Se sentó en su cama, que estaba junto a la de la pequeña y esperó a que su hermano terminara su rabieta, buscó bajo la almohada un libro, Los placeres del condenado, y empezó a leer tranquilamente. Cinco o diez minutos después, su hermano salió con su mochila muy deprisa, a la vez que pateó la casita de muñecas de su hermana, que se encontraba cerca de la puerta, Alena no pudo evitar girarse para ver qué había sido aquel ruido, y al enterarse soltó un sollozo que penetró en él tan agudo, que sintió como llegaba hasta su pecho y atravesaba su corazón rasgando un poco más. Eso no fue de su agrado, se levantó y empezó a caminar muy despacio hasta la puerta.

-¡No vayas!.-le pidió Alena

-Shh.

Le hizo una señal y la niña se apretó entre las mantas mirando a su hermano. De repente, sonidos a vidrios rompiéndose, platos siendo arrojados y golpes en puertas y muebles llegaban desde la sala y la cocina.

-¡Basta! ¡Detente! ¡Vete de una vez y no vuelvas! ¡Ya no quiero verte en esta casa! ¡Basta!.

Su madre gritaba otra vez. Caminó hasta allí muy lento, no quería meterse, no quería siquiera dirigirse allí, pero aquello que hizo su hermano en contra de la pequeña no le había gustado nada. La rabia comenzaba a rasgar su piel, viajaba por debajo de su pellejo y empezaba a filtrarse por sus poros.

-¡Cállate la boca! ¡Cállate!

Su hermano, con diecisiete años, apenas un año menor que él, ya había destrozado la vida de su hermanita, al convertir aquella casa en un infierno. Su madre ya estaba acostumbrada a hombres como él, ella se lo había buscado pensaba, pero la niña no tenía la culpa.

-¡Me voy a ir! ¡Pero antes te mataré!.

Siempre soltaba esas amenazas, nunca las había tomado en serio, ni le importaban, pero el sonido que llegó después de aquella, le hizo saber que esta vez iba en serio. El golpe llegó como un sonido seco, como quien golpea un saco de boxeo, seguido de un gemido de dolor de su madre y el choque contra el suelo. Corrió los últimos metros que quedaban entre el pasillo y la sala hasta la cocina, y encontró a su madre en el suelo con la mano en la boca, la sangre ya le estaba corriendo entre los dedos y caía al piso.

-¿¡Y vos que mierda querés acá!? ¡Más vale irte o también cobrás!.

Su hermano lo miraba, con esa maldita cara que siempre repudió, él no tenía razones para ser tan estúpido, no tenía razones para dañar a la pequeña, pero aún así hizo aquello, que no le había gustado nada. Quizás le haya dolido tanto porque fue la primera vez que lo presenciaba, no lo sabía con exactitud, pero de verdad, no le había gustado nada.

-Lárgate.

Le dijo con severidad, su hermano lo miraba con los ojos muy abiertos y rojos, por la furia, el alcohol y posiblemente algo que hubiese fumado antes. No dijo nada, miró a su madre un instante, estaba asustado, tomó su mochila y salió por la puerta azotándola con violencia. Ayudó a su madre a levantarse y la llevó hasta el baño, le dijo que se lavara la cara, y entonces, escuchó otro vidrio romperse. Sabía cuál había sido, el grito de su hermanita sólo confirmaba lo que había supuesto, primero fue hasta su cuarto. Su hermano había arrojado una piedra de un tamaño importante por la ventana, que se encontraba sobre la cama de su hermanita, parecía que no la había golpeado pero, los vidrios que arrojó el estallido sí, la niña gritaba de dolor, un gran trozo de cristal le había cortado el lado derecho del rostro, el horror se apoderó de él y de pronto sintió que se encontraba en un mal sueño, sentía que no era él y que en realidad veía todo desde la perspectiva de un espectador, ya no sentía sus piernas ni sus hombros,

empezó a sollozar del pánico. La rabia, que se había apaciguado moderadamente, ahora volvía a encenderse, pero con una fuerza mayor y descontrolada. Unos instantes después se encontró corriendo hasta la calle, cruzó de un salto la sala, abrió la puerta tan fuerte que terminó de tirar los cristales que aún colgaban. En la calle vislumbró a su hermano, gritaba alguna serie de insultos mientras levantaba los brazos a unos veinte metros de él, se le encimó corriendo a gran velocidad, creía que se deslizaba en el aire. Se le abalanzó encima como una bestia sobre su amo, que ha sido liberada después de años de tortura, la cabeza de su hermano rebotó contra el suelo húmedo, perdió la conciencia allí mismo, pero eso no le detuvo, los golpes caían junto a sus lágrimas, uno tras otro. La sangre le salpicaba en la cara, y tenía los dedos destrozados de plasmarlos contra los dientes de su hermano, pero esto no lo detenía ni lo iba a hacer, realmente no hubiese parado hasta destrozarle el cráneo, si no fuera por un vecino que había salido a ver la escena, en realidad se habían asomado varios, pero no lo hubiese notado, aunque fuera todo el barrio. Lo alzó en el aire, tomándolo desde atrás por la cintura y lo alejó lo más que pudo del cuerpo inerte de su hermano. Sólo cuando contempló el panorama desde unos metros, pudo notar el enorme charco de sangre, que parecía petróleo por la escasa luz, volvió a la realidad. No sentía realmente culpa de lo que había hecho, escuchó gritos de terror de alguna mujer y vio que se empezaban a encender algunas luces, sólo pudo pensar en su hermana. Las manos que lo sujetaban habían aflojado la prensa y logró zafarse, corrió nuevamente a su casa pero su madre lo detuvo en la puerta.

-¿Qué...Qué hiciste?¿iQué hiciste!? ¡Vete, corre rápido, viene la policía! gritaba su madre a la cara, pero apenas podía entender que le decía.

- ¡Alena va a estar bien, va a estar bien! ¡vete ahora! ¡Ya viene una ambulancia y la policía! ¡Corre Fausto!.-

No quería dejar a su hermana, pero debía hacerlo, dio un paso hacia atrás y miró fijamente a su madre, sentía que debía entrar con Alena pero la indecisión se adueñaba de todos sus músculos, que se detuvieron de súbito y no lo dejaban moverse.

-¡Que te vayas te digo!.- el grito de su madre lo despertó nuevamente.

-¡Cuidala!¡Cuidala bien! Dile que la quiero y que voy a volver.

Le dijo, con lágrimas recorriendo su rostro, y empezó a correr calle abajo, rumbo al parque. Había recorrido unos cien metros, cuando oyó las sirenas a lo lejos, no se detuvo y siguió corriendo hacia la oscuridad, el único abrigo que sentía podría protegerlo de aquella noche fría. Sus lágrimas seguían cayendo y la rabia se había convertido en miedo, un miedo que le sacó un profundo grito, que terminó por sacar fuera toda esa rabia que tenía dentro, rabia de años, un grito que soltó sin levantar la

cabeza para que no lo lleguen a escuchar, y siguió corriendo hacia la boca oscura que se habría una calle más abajo.

## Capítulo 2

La mañana amaneció fría sobre sus hombros, ni el refugio de los árboles más viejos del parque de la ciudad, le salvaron de las frescas horas. A su alrededor, el parque se encontraba oculto entre una niebla espesa, y un silencio que lo dominaba por completo. Había dormido poco, con las sirenas yendo y viniendo, lejanas para su fortuna, pero sabía que lo buscaban. Se pasó toda la noche pensando en su hermana, y en el dolor de sus nudillos. Ahora no sabía que hacer, estaba atrapado, sabía que había cometido un error pero; ¿Qué podía hacer?. No tenía muchos lugares donde esconderse ahora, tenía hambre, frío y miedo, y aquel parque oscuro entre la neblina, no era una buena opción. Sólo conocía un lugar que sentía como su hogar, bueno, él no sabía lo que era un hogar, o como se sentía, pero siempre había imaginado que sí tenía un hogar en el mundo, era aquel. Las calles seguían desiertas a esas horas, a excepción de la feria dominical que se levantaba en la calle principal, aún había pocos puestos, pero pronto aquello posiblemente estaría colmado de gente. Pensó que lo mejor sería ir por las calles pequeñas menos transitadas, seguro seguían buscando sus pasos por la ciudad. Pasó junto a una panadería y su estómago no pudo evitar retorcerse en su interior al sentir aquellos olores, a masas recién horneadas y pan apenas quemado, miraba de reojo mientras pasaba y se le inundaba la boca de saliva, apretó el paso y siguió caminando. No sabía qué hora era, pero sí que faltaba mucho para la apertura, se quedó de pie cerca de la puerta junto a una columna telefónica y esperó. Debieron pasar unas dos horas hasta que vio acercarse a aquella mujer esbelta, de unos cuarenta años, creería él, acercándose suavemente por la acera contraria. Se acercó a la puerta junto a la mujer, demoraba un poco para abrirla, era una cerradura bastante vieja. Se empezó a sentir nervioso, no sabía porqué, no lo había estado en todo el rato que pasó allí. La mujer se percató de su ansiedad y se extrañó.

-¿No es un poco temprano? No se van a ir a ningún lado, es la imaginación la que vuela, no ellos.- dijo sonriéndole, tenía la nariz y los cachetes colorados. Le respondió la sonrisa sin pronunciar palabra. Por fin la cerradura cedió y se aventuró dentro, tan rápido como se lo permitió la colosal señora, con su paso lento. Se dirigió a los estantes, tomó el primer libro que vio y se adentró en la parte más profunda de la sala, aún dominada por la penumbra. Empezaron a encenderse las luces poco a poco pero sabía que la última estaba averiada, por lo que cual estaría bien escondido allí. Hacía mucho tiempo no se sentía tan seguro, la última y única vez que había sentido tal alivio fue cuando, su padre, los abandonó a él, su madre y hermano hacía mucho tiempo. Aunque ahora era muy diferente, su padre se había ido y eso significaba no más palizas brutales sin razón, pero sabía que su vida colgaría de un hilo al salir de aquel santuario. Se había topado, por casualidad, con aquella biblioteca un par de años atrás, mientras pedía limosnas en la calle. Apenas sabía leer, pero

lo poco que aprendió en la escuela le fue suficiente para meterse entre aquellos viejos trozos de papel amarillento y tapas semi-destruidas. Conoció muchos amigos, padres, hijos y hermanos en aquel lugar, la familia que no tenía fuera. A excepción de la pequeña, a la que siempre le intentaba meter algún libro en la cabeza, quería que ella también pudiera tener esa magia entre sus manos. Pero ahora, tampoco la tenía a ella, sólo a sus viejos conocidos, su familia incondicional, pero que ahora no podían ayudarlo, cuando más los necesitaba. Se sentía abrumado, por primera vez en su vida se sintió como un niño, lo que nunca había sido. Sentía que su niñez perdida venía a buscarlo, para quitarle todas sus fuerzas, en el momento que más las necesitaba. Le atacaban ideas e imágenes de lo que pasaría con él, casi podía tocarlas, cerró los ojos, se recostó en la mesa y apretó los dientes, quería desaparecer, o que todo desapareciera. Se quedó dormido después en un momento.

-Si estos te parecen aburridos, déjame presentarte a las revistas de moda.

No sabía si seguía soñando, pero la voz se escuchó demasiado clara.

-Esas dormirían un caballo, claro, si este supiera leer.

Entreabrió los ojos, y divisó una figura encorvada sentada frente a él. Tenía el cabello canoso, llevaba una bufanda roja y una gabardina, de esas que usan los detectives, de un color marrón gastado, también tenía las manos arrugadas, en las que llevaba un periódico.

-¿Qué sucede? ¿Viste un fantasma? No me asustes, que ya no tengo cardio para esas cosas.

El viejo sonrió y dejó el periódico sobre la mesa, se puso unos lentes gruesos y metió la cabeza en el libro que había tomado. El miedo que sintió en aquel momento casi le detiene el corazón, por un momento sintió que habían venido a por él. El aire aún estaba fresco, pero notó, por los rayos que se filtraban en la ventana, que había dormido algunas cuantas horas. Ojeó el periódico que dejó el viejo en la mesa, el titular era claro y le heló la sangre.

## JOVEN DELINCUENTE ASESINA A SU HERMANO BRUTALMENTE Y HUYE

Ya había intuido la muerte de su hermano la noche anterior, cuando vio toda aquella sangre, así que no fue eso lo que lo asustó, sino el título de asesino que se había ganado. Vendrían a por él, con todo. Sintió un desconsuelo tormentoso, era su fin, no lo perdonarían. De todos modos



jamás nadie se había apiadado de su pequeño ser, aunque estuviera flaco como una vara, con marcas por toda la cara, que escondía bajo su capucha, sin nombrar las que llevaba en el cuerpo y alma, estas últimas las más profundas y dolorosas. "¿Qué es lo peor que me pueden hacer ahora?" pensó, mientras volvía a posar la vista en el libro que había tomado. Era de un tal Jerzy Kosinski, no le prestó atención, el que realmente si le interesó fue el del viejo, Perseguidos. Su interés era, justificado, prácticamente era como se veía a sí mismo en aquel momento, perseguido. Entonces recordó aquellas historias que lo habían ayudado a escapar de la realidad los últimos años, aquellas aventuras en que el personaje principal, era perseguido por toda la policía del país, o de refugiados, que buscaban donde poder vivir en paz, incluso sobre almas en pena, que buscaban un lugar de descanso eterno. De pronto tuvo una idea, que vio tan maravillosa, tan perfecta y posible que se le llenaron los ojos de lágrimas, pero de felicidad. Era tan obvio, esa era su salida del pozo, cómo no lo se le había ocurrido antes si lo había leído ya tantas veces. Pero había un problema, Alena, no quería abandonarla, sabía que si se iba jamás podría volver a verla, otra vez, caía presa de la desolación. Siempre se había sentido encarcelado, en su casa, en su vida, en su dolor. Siempre pensaba en lo bueno que sería que todo aquello fuera sólo un mal sueño. Se imaginaba despertando un día, en un hogar, con una familia buena y amorosa, que le diera todo el cariño que anhelaba, se sentía un ignorante al pensar estas cosas, esta era su realidad, aunque la odiara. Las lágrimas empezaron a brotar desde sus ojos, sintió que el aire se volvía muy frío.

-Muchacho, ¿Te encuentras bien?.

Preguntó el viejo, con un tono claramente preocupado. Levantó la cabeza suavemente, el viejo lo miraba con preocupación y desconcierto.

-Estoy bien.- le dijo, una mentira piadosa.

-¿Seguro? Porque no lo parece eh...

Le insistió el viejo. Sabía que no quería molestarlo, ni él al viejo.

-¿Alguna vez sintió que todo el mundo, de golpe, se convierte en una caja oscura y fría, que empieza a encogerse alrededor, para devorar hasta la última gota de su alma? O lo que quede de ella...

El viejo lo miraba a los ojos, veía la compasión que había despertado en él.

-Todos hemos sentido que la vida nos vence alguna vez, chico.-dijo el viejo. -Lo importante es no dejarte vencer con los guantes abajo, por los que aún tienen esperanzas en ti.- Dijo esto último e hizo una mueca con la boca, sentía la tristeza y el miedo, recorriendo cada centímetro del niño

que tenía enfrente. Bajó la cabeza, observó el periódico un instante, no le había prestado atención cuando lo compró. Algo llamó su interés en el título. Los ojos se le abrieron de súbito, giro la cabeza en dirección a Fausto, este lo veía fijamente. No hizo siquiera ademán de moverse, solo lo siguió mirando, lo observó mientras se paraba, mientras caminaba lentamente entre las estanterías. Lo observó mientras se perdía entre todas aquellas personas de papel. El miedo que había adquirido su rostro, desapareció cuando vio aquella menuda figura de hombros derrotados, desaparecer en la oscuridad. Nunca había sentido tanta pena por alguien. Salió a la calle como entró, con su capucha puesta, las manos en los bolsillos de la campera y casi arrastrando los pies, el peso de tantos años de dolor lo tenía fuertemente agarrado por los tobillos. Sabía lo que tenía que hacer. Algún día volvería por ella, Alena lo perdonaría.

## Capítulo 3

Repasó toda la ciudad en una sola tarde, reparando en aquellos lugares que le traían los mejores recuerdos posibles, muy pocos para casi ninguno, y apurando el paso en las sucursales del infierno, que se esparcían por su memoria, con direcciones y fechas incluidas. Se aventuró por las sombras, quería ver y oler una última vez, aquella ciudad que nada bueno le había dejado, más que algunas marcas en la piel y en el alma. Escondido en su abrigo gris, que tanto le había servido como refugio antes, evadía con gran destreza, entre las sombras proyectadas por los árboles al borde de las calzadas, las patrullas que rondaban por las calles. Se paró en la puerta de una papelería, echo un vistazo a ambos lados de la calle, y se metió dentro. Fue hasta el mostrador, y le pidió a la joven que atendía el local, un bolígrafo prestado. La muchacha lo miró con recelo un par de segundos, pero finalmente le entregó el bolígrafo. Escribió una nota en la primer página del libro que tomó "prestado" de la biblioteca, y devolvió el bolígrafo.

-Gracias.-

Dijo antes de salir. Caminó el trayecto hasta la barriada que no lo había visto crecer, porque parecía que él siempre hubiese sido mayor, con una calma que pondría intranquilo a cualquiera que siguiese sus pasos. Cuando alcanzó unos cincuenta metros de distancia hasta su casa, se acercó más a la pared y se recostó contra el umbral de una vieja casona abandonada. Se quedó allí, observando su casa. Veía la ventana, que aún mostraba el vidrio roto, pero ahora tapado con un cartón o una madera, no lograba distinguirlo, se fijó en el farol suspendido sobre la puerta, que alumbraba con las pocas fuerzas que le quedaban, la entrada a aquel lugar que nunca pudo llamar hogar. No se percató de que alguien, quizás por miedo o simple precaución, había dado aviso a las autoridades, de un sospechoso merodeando por el lugar; no iban a tardar en llegar. Se despegó de la pared y empezó a caminar en dirección hacia la puerta, le llevó unos diez minutos con su paso lento y pesado, con desánimo y miedo mezclados. Entonces la escuchó, una sirena se acercaba calle abajo, a toda prisa en su dirección. No pudo reaccionar a tiempo, se había quedado pegado al suelo, viendo como se le echaba encima, sabía que correr ahora sería inútil. Cuando se detuvo la patrulla, bajó de esta un joven uniformado, casi con tanto miedo en el rostro como él.

-¡Quieto ahí, no hagas nada de lo que te puedas arrepentir y tírate al suelo!.- le gritó escupiendo saliva y nervios. Se le quedó mirando un par de minutos, el terror de la situación le sujetaba todas las extremidades, y lo hacían temblar tanto, que parecía que sus partículas iban a comenzar a separarse. Pensó en su hermanita, en su padre, en su hermano y su madre, pensó en todo lo que le quitaron y lo poco que le dieron, solo se

arrepentía por Alena, por dejarla sola en ese mundo cruel, que lo dejó vencido en tan poco tiempo, las lágrimas volvían a caerle. Entonces metió la mano en el bolsillo derecho de su abrigo.

-¡Quieto, quieto o disparo!.- volvió a escupir el policía, lo ignoró, no porque no le temiera o no lo importase, si no porque no lo escuchaba, era como si todos los sonidos del mundo se hubieran apagado, ni siquiera podía sentir su corazón latiendo, si es que lo hacía en ese momento. En un movimiento lento, comenzó a sacar algo del bolsillo, entonces, sintió como todo se partía, el golpe le hundía el pecho y lo arrojaba a la nada, a ese lugar donde pertenecía. Le sacudía todo y le quitaba años de penas y miedos de encima, el suelo le pareció tibio y suave al caer, todo se volvió blanco, y pudo escuchar su corazón, palpitaba cada vez más lento, pero en un tono dulce, que le cantaba, "todo va a estar bien". Cayó de espaldas, y junto a él, en su mano, el libro quedó tendido, abierto en la primera página, algo se leía en una letra un poco descuidada, un mensaje para Alena:

Hermanita, cuando sientas que el mundo te destruye, por favor, no caigas, aunque te haga sufrir, no cedas. No estas sola, yo siempre estaré contigo, en cada página que pases, en cada palabra que te haga suspirar, acariciando tu alma, siempre ahí estaré.

Te quiere por siempre, tu hermanito.

Entonces, todo lo que se había puesto blanco, ahora era negro, y la dulce melodía que sonaba desde su pecho, se fue apagando gradualmente, hasta ser un silencio más.